

Letras Hispano-Americanas

María Enriqueta y su último libro

ALEGRÍA profunda y pura de poder admirar totalmente a una mujer! No es un gozo cotidiano; es una especie de Navidad en la vida; cuando viene al corazón, éste se entrega a ella sin reserva. Me suele dar el mundo entre sus pocos bienes el de poder unir en una mujer la admiración al cariño. Son más admiraciones que afectos los que recogemos en la obra de los artistas. Suele ser la estrofa que compusieron lo mejor que un hombre o una mujer llevaban. Los admiramos en ella; pero el individuo no nos interesa. Los mezclamos calurosamente en nuestros comentarios de arte; mas al mirar hacia el corazón no están allí, aunque nos dieron el goce del color, el de la música y el del pensamiento durante una hora profunda.

* *

Hace muchos años, siete o nueve, encontré perdida en una revista femenina la poesía «Así dijo el agua», de María Enriqueta. No conocía ni de referencias a la poetisa; ninguna crítica me había señalado este nombre. La infinita pureza que es el fondo de estas breves estrofas, fué como si me lavase el alma enferma. Aquella composición tan perfecta en cuanto a la forma, y tan cabalmente bella, llegó a hacerme pensar que la firma oscura fuese un error. Desde entonces, en cada conversación con escritores yo pregunté por este nombre, hasta que supe que era el de una mujer mexicana, muy divulgado en España, casi desconocido en Chile.

Por medio de González Martínez, ese hombre tan cordial hacia la gloria ajena, tan sin veneno para el camarada de arte, pudimos, mi compañera Laura Rodig y yo, hacerle llegar a España una carta llena de admiración y de simpatía. Y vino su respuesta muy pronto, y se siguieron otras y otras cartas en las cuales fuí conociendo el alma del poeta más simple que tal vez tenga nuestra literatura, una mujer muy dama antigua, y válgame el vocablo muy hidalga. Nunca hacía en sus cartas lujo de metáforas; línea a línea no quería sino buscar mi corazón e inquirir de mi vida como una hermana, olvidándose de sus versos y de los míos.

Los espíritus que crearon mi cariño hacia México, y sobre todo mi confianza hacia el pueblo al cual me entregaría como a una familia, fueron Amado Nervo, González Martínez y María Enriqueta. El primero mante-

niendo correspondencia con gentes humildes, me sugería el que la raza era naturalmente afectuosa; el diplomático escritor fué mi amigo desde nuestra primera conversación; a María Enriqueta todavía no la conozco personalmente, pero como fuese la primera mujer mexicana cuyo acento oyerá, me dió la confianza de los de su sangre, con esa su naturalidad que es para mí oro puro y pensé que podía entregarme a lo desconocido viniendo al país de tales gentes. ¡Looados sean los seres que hacen amar por sí solos un medio continente, que llevan en sí la dulce patria y hacen una larga conquista de corazones para su raza!

María Enriqueta es una mujer ya madura. Ha pasado la edad en que todavía se mezcla el arte con poco de vanidad y en que se cree que la belleza es algo por sí misma; ha llegado a... la época en que se sabe que el único tesoro es el de hacerse amar. Edad melancólica pero tan noblemente serena, en la cual Nervo escribió su «Plenitud» como quien escribe un breviario de simple ternura, al margen de todas las retóricas. El lenguaje quiere desnudarse de las galas presuntuosas, el verso busca hacerse breve como una lágrima. El elogio artístico se recibe con una sonrisa un poco triste, porque queremos, en esta edad, ser más queridos que estimados.

Así es el alma de María Enriqueta en su suave crepúsculo, y es por ser esta poetisa lo menos literata posible y lo más mujer antigua que cabe serlo en nuestro tiempo, por lo cual su sólo nombre me pone una humedad de ternura en los ojos. Unas pocas como ella me hacen decir:— «Yo querría haber sido una mujer así.»

* *

Ya era tiempo de que María Enriqueta publicase en Europa un volumen de versos. Su obra dispersa no podía apreciarse bien, no conseguía darse esa visión de unidad que es tan necesaria para juicio de un autor. Tiene su poesía, por sobre todo, esa virtud e intimidad que en las revistas, en los banales semanarios, se malogra, y que un libro entrega mejor.

El volumen que bajo el nombre de «Rumores de mi Huerto» acaba de llegar a México, no contiene su obra poética total; pero nos muestra entera su alma.

No ha presidido a la formación de este libro una voluntad de selección. Como todos los sentimentales, María

Enriqueta debe tener poesías que no considera definitivas, pero que ama por el asunto o por el momento que derramó en ellas. Mas, hay no menos de veinte poemas de primera fila, joyas de antología, que como las flores en la rama espesa que perfuman hasta el ápice, dan intensidad a todo el libro.

Viviendo un poco de nómada en todos los climas de mi país, he acostumbrado mi retina a recoger las bellezas más opuestas: la reverberación ardiente del sol en el desierto atacameño, y la bruma amoratada de los archipiélagos australes. El espíritu como la retina se ha acostumbrado de igual modo a recibir las formas de arte más distintas: me gusta en el poema de Chocano el delirio del color y me gusta en la poetisa mexicana el gris delicadísimo y un poco sufriente.

Esta es una de las almas que alaba un místico diciendo que no conocieron la henchidura de la violencia. Las bendice... porque padeciendo lo mismo que las vehementes, redujeron el grito del corazón hasta la garganta, donde es solamente un sollozo aterciopelado. Las alaba porque tuvieron el tacto más delicado para tocar la divina curva del mundo; la sacudida de su corazón es apenas un pequeño latido en su cabellera y un rápido oscurecimiento en sus ojos. Son aquellas que, como la amada del poeta, no pesaron sobre la tierra, la cual tampoco pesara sobre ellas.

María Enriqueta ha reducido su grito; habría desentonado en esa figura austera de pintor antiguo, que es la suya, con las manos recogidas sobre el regazo y los párpados bajos. Ni dolor sangrante, ni rima dura de esa que da el sonido de dos bloques de mármol, ni adjetivos reteñidos, ni dislocadura de la construcción: nada en suma de aquello que es violentar la emoción del que lee.

Nervo hacía una vez un elogio muy tierno de su patria, diciendo que es por excelencia la tierra de la cortesía, la que tiene en sus plantas unas hojas y unas flores anchas, buenas para guardar el rocío y darlo al caminante. El fué una expresión de esta tierra mexicana sin líneas ásperas, sin perfil centauresco; María Enriqueta es otra.

Parece que su vida, como la de otras que hemos agitado fuertemente la fronda del verso, ha tenido «noches de viento y nieves», de esas en que estamos tan solas como Cristo en la noche del Huerto; pero tanta dulzura hay adensada en el fondo de su corazón que ha sido la suavizadora de su propia amargura; la ha domado con pura piedad. Su dolor es como un hijo rebelde que acaba por vencerse en las rodillas de su madre y queda silencioso.

* *